

dación y toda dictadura; tercero, que la extensión de Francia favorecía, en vez de dañar, el establecimiento de la forma republicana; cuarto, que no podían ya compararse las repúblicas modernas con las antiguas, por haber en éstas, patricios con privilegios y esclavos en cadenas, imposibles entre nosotros; quinto, que al destruir arriba los privilegios, abajo los siervos, habíase destruido con ellos la clave de todos, la monarquía; sexto, que la herencia del trono entregaba la jefatura del estado á todos los empeños del acaso, impidiendo con sus revoluciones y sus guerras continuas, los dos fines para que fueron erigidas las realezas, el orden y la estabilidad.

Extendido por la conciencia tal éther de ideas, no extraño que su movimiento engendrara una enorme agitación social, y que trajese tal enorme agitación manifestaciones varias, donde los afectos y los pensamientos colectivos estallaran de suyo con fulguraciones y estruendos inenarrables. El catorce de Julio hubo una procesión triunfal, trasladando las cenizas del gran escritor Voltaire desde un modesto recinto á las bóvedas aparatosas y magníficas del Nacional Panteón. Fué punto de partida en la solemnidad aquella, y de reunión para todos los invitados, el sitio ungido por las victoras revolucionarias para siempre, como un templo consagrado al progreso humano, fué la Bastilla; piedras extraídas de los escombros suyos y amontonadas con aire de altares y de aras, sirvieron para sostener el féretro y mostrar el cadáver al público desde sus alturas; inscripciones elocuentísimas resplandecieron por todas partes, como constelaciones más brillantes que las del cielo, por puertas de ideas; cuarenta jóvenes, parecidos á estatuas, ensayados con ese arte parisién incomparable, ceñidos de albas y coronados de verdes laureles naturales y frescos llevaron los simulacros ó efigies representativos de los antiguos semi-dioses; una arca de oro semejante á la célebre y litúrgica, depositaria del revelado libro entre los israelitas, contuvo los ochenta volúmenes del autor glorificado, y fué sobre andas preciosísimas; doce caballos blancos, aparejados con gualdrapas multicolores y cubiertos de rosas en riendas y cabezas, tiraron de carro suntuoso, donde iba el cuerpo, objeto de aquella grande apoteosis; sacerdotes de Apolo tañeron cítaras de ricos metales, como saliendo del templo de Delos, y entonando en coro sus oráculos; muchachas vestidas con toda propiedad, y semejantes á las clásicas vírgenes de Grecia, trenzaron danzas, como las nereidas en el mar, como las ninfas en el arroyo, como las musas en el Olimpo; los actores y actrices de París formaron parte principal del cortejo, las puertas de los teatros se abrieron al paso de tamaña gloria; las paredes del hogar donde murió se ornaron de guirnaldas; una imagen de parecido tal, que se creería, no representación sólo de su representado, identidad completa con su representado, se irguió á la puerta ó vestibulo del Teatro Francés: todo un día duró el festejo, y horas largas la carrera ó paso desde la Bastilla y sus ruínas hasta los altares del Panteón; dudando unos, en la grande concurrencia, que mereciera tales honores en la democracia triunfante, aquel amigo de los Reyes; y otros de que mereciera tales honores en

la monarquía existente aún aquel amigo de los pueblos; mas conviniendo todos en que, glorificándolo á él con aquella grandiosa festividad, la revolución se había glorificado á sí ella misma. Con efecto, si Rousseau ha enardecido más los espíritus con su elocuencia resonante, y despertado á favor del nuevo mundo social con su sensibilidad los nervios femeniles, nadie ha sabido, como Voltaire, con su palabra clarísima, con su forma correcta, con su carajada contagiosa, con sus gracias áticas, esparcir la filosofía en el sentido de todos, como proemio y prólogo necesario al triunfo y reconocimiento del derecho de todos. Y así, las pasiones tronaban tempestuosas; porque, desde los hogares á las academias, y desde las academias á los templos, se dilatava por todas partes el grande litigio y competencia entre las desarraigadas ideas antiguas, hundiéndose cada día más en lo pasado, y las nuevas ideas llegando en flor, á riesgo de perderse y helarse, antes de que las conociera bien el espíritu público y estuviesen cultivadas para recibirlas en su seno la realidad, resistente por fuerza en sus inevitables impurezas á recibir y encarnar los nuevos progresivos ideales!

No tenía remedio. Concretas fórmulas debían surgir de aquella materia espiritual, difusa y radiante. Algún revolucionario empecatado, algún conspirador ambicioso, algún tribuno audaz debían recoger el pensamiento y el afecto público para ponerlos en máximas breves que contuviesen y expresasen la idea general esparcida entre las muchedumbres y bajada de las altas inteligencias respecto á la imposibilidad en que Luis XVI de reinar se hallaba, con haberse llevado al territorio de los extranjeros la corona de los franceses y haber tenido éstos en propia defensa que vejarlo y conspirarlo. Bien pronto se hallaron ánimos dispuestos á decirlo así, bien pronto la conjunción de una verdadera fe y de una intriga cortesana se juntaron y produjeron la chispa, cuyo estallido había de prender el incendio. En la casa real de Orleans no se despedía la gente con facilidad, por aquellos días, del plan de la regencia, ó del trono, si era posible, para su dueño y señor; como entre los ánimos exaltados por los nuevos ideales, componentes de la extrema izquierda radical, no creía nadie deber desaprovechar el tema de la fuga para servir y prosperar el tema de la República. En la intriga estaba metido hasta las rodillas el secretario de los Orleans. Lasclot, quien para su vida viciosa y desordenada realmente había menester una secretaria superior á la secretaria de un príncipe, la secretaria de un Monarca; y entre los creyentes fanáticos estaba Brissot, quien cosmopolita por sus gustos, republicano por sus convicciones, ido del viejo al nuevo mundo por servir sus ideas y del nuevo al viejo por en este último implantarlas, si tenía para este gran trabajo y para esta obra excepcional escasas vocaciones de mártir, tenías muy excesivas de combatiente y de apóstol. Difícil que uno y otro llegaran á entenderse, orleanista Lasclot, republicano Brissot, en las afirmaciones; pero estaban en las negociaciones á partir un piñón. Así tardaron poco en acordar y concordar ambos respecto el destronamiento de los que reinaban y tardaron mucho en expresar la sustitución y reemplazo de los que derribaban, hasta dejarle una vaguedad crepuscular, en

cuya mezcla de luces y sombras dudaran los ánimos si aquél era el crepúsculo vespertino de la Monarquía ó el crepúsculo matutino de la República. Prestábase mucho á estos planes la tensión de los ánimos, caldeados por entusiastas colectivos, cuyo final objeto y cuya primera causa ignoraban aquellos mismos que los sentían. Presentábanse á granel fiestas, manifestaciones; procesión cívica por la tarde y procesión cívica por la mañana, y retretas á la noche; los recintos del palacio real y sus cafés y sus comedores y sus tabernas y sus zahurdas y sus clubs y sus bodegas reventando de oradores; la prensa demagógica en delirio; el club en permanencia; los salones aristocráticos en duelo; el clero dividido entre juramentados y no juramentados; el espectáculo de las revoluciones en erupción junto al espectáculo de las públicas asambleas con cualquier pretexto; el pavimento de Nuestra Señora, mellado por las rodillas de cien generaciones que luego dormían el sueño eterno bajo sus losas y sus cruces, recibiendo un teatro con coros y orquestas y bastidores y bambalinas en que representaban cómicos de oficio la epopeya del día de la Bastilla; los árboles en las Tullerías y sus jardines asombrando con sus ramas que rozaron cabezas coronadas, el púlpito hecho con sillas y tablas, donde Clodios, recuerdo de los demagogos romanos, clamaban por el destronamiento sin tardanza; el espacio de París, iluminando el universo, no con los resplandores de las ideas que apenas conocían las muchedumbre, con el chisporroteo y llama de sus pasiones que abrasaban todos los pechos en su calor y atronaban todos los oídos con su estruendo. ¿Cuál ocasión mejor para peticiones al Congreso Constituyente y proclamar al pueblo soberano? ¿Cuándo los Reyes, aleccionados por la experiencia, y presos de unos diputados, empeñadísimos en retenerlos para que no trajesen las tropas extranjeras, emprenderían otra fuga, y concitarían contra sí los ánimos como estaban en Julio del noventa y uno concitados? El catorce de Julio en ochenta y nueve se había tomado con asedio épico la Bastilla, base de la realeza; el catorce de Julio y en el noventa se había reunido la federación, germen de la República, tanto para celebrar el aniversario de la victoria como para decir que los franceses no habían menester amos; precisaba en Julio del noventa y uno hacer alguna que fuera sonada y trajese la cúspide indispensable á la revolución recrudescida por los obstáculos opuestos á la realización é inmanencia de sus dos capitales principios: los derechos del hombre y la soberanía del pueblo.

Cada día llevaba entonces consigo aparejado un suceso de intensa y extensa resonancia en los aires, así como de fuertes emociones para los ánimos. Un día la procesión de Voltaire; otro día el aniversario de la Bastilla; otro día las óperas en lugar de las misas bajo bóvedas estrelladas como un cielo y teñidas de iris por los vidrios multicolores, entre los cuales habían volado almas y oraciones á la eternidad. La casa del ayuntamiento había expedido una populosa manifestación al Campo de Marte, que recorriera los boulevares, la Concordia, los Inválidos, agitando enseñas de santa libertad y recibiendo clamores de fervoroso regocijo. En el altar de la patria circuido por arco de laureles, sobre una

gradería sembrada de flores, ante un pueblo henchido de consoladoras esperanzas, resonando músicas militares y charangas y orquestas y coros y vivas, el Arzobispo de París, Arzobispo constitucional y juramentado, había dicho una misa que los realistas consideraban misa negra del diablo, persignándose para conjurarla, y los demócratas, pacto de alianza entre los derechos humanos y las revelaciones evangélicas. Espectáculos y más espectáculos, engendrando agitaciones y más agitaciones. ¿Quién podría, pues, refrenar los espíritus, dándoles aquella serenidad que no desbarra y aquel frío cálculo que no desvaría para sostener una situación en el aire, sin la vieja base por haber claudicado el Rey constitucional, y sin la nueva por ser monárquica de necesidad la Constitución, hecha ya, casi terminada? Y tras las emociones del día en que divinizaron los revolucionarios á Voltaire, tras las emociones del día en que profanaron la catedral, sustituyendo á sus fiestas religiosas fiestas teatrales; tras las emociones del día en que convocaron y reunieron el pueblo ante los altares de la patria en el Campo de Marte, sobrevenían otras emociones más terribles, las promovidas por el debate importantísimo sobre la suerte del Rey constitucional, no fijada después de la fuga por el Congreso Constituyente. Ya se le había eximido por su inviolabilidad de responder ante ningún tribunal del crimen perpetrado fugándose; ya se le había demandado declaración como testigo cuando la enormidad del atentado á la nación lo hacía reo de la humana justicia; ya le habían quitado los ministros, puestos á las órdenes del Congreso, cuando la noche del desastre horroroso traído por la infame desaparición estaban completamente á sus órdenes. Pero no se había estatuido aún acerca de la definitiva suerte. Nada más incierto. El retraimiento de los monárquicos había dejado el Congreso á merced y arbitrio de los constitucionales. Y las divisiones de los constitucionales entre partidarios de la forma monárquica y partidarios de la forma republicana, entre devotos de la dinastía reinante y devotos de la dinastía orleanista; entre radicales y conservadores hacían por fuerza no pudiera con seguridad anunciarse lo que pasaría con certeza, como acontece con todas las regulares asambleas en nuestros normalísimos tiempos. El error de los errores, el error de los abstenidos, colocó la peligrosa cuestión y planteó el pavorosísimo problema de esta suerte: ó suspensión, ó sustitución. La destitución estaba en el ánimo de unos pocos; la suspensión, ya consumada la huida ó retraimiento de los monárquicos, en el ánimo de todos los constitucionales. Pero no había que señalar tal resultado con antelación, porque ya una oración afluente, ya una intriga diestra, ya una imposición á los diputados de las tribunas, ya un motín en las calles, ó ya un revuelo en las ideas, podían llevarlo todo, bien á los Orleanses, que no se daban por vencidos, á pesar de estarlo, bien á la República, que amanecía y alboreaba entonces.

Colocados entre la suspensión y la destitución, con ser ambas humillantes, podía la una repararse y no podía repararse la otra. Por esto la suspensión resultaba en último término una victoria del Rey. Así la prepararon en el Congreso Barnave y en el pueblo Lafa-

yette. Cinco mil hombres había puesto en armas el uno al redor del Parlamento, y solemne debate académico había el otro armado dentro del Parlamento. Un diputado realista de corazón, refractario á las abstenciones suicidas y en ellas no comprometido, saldría en defensa de Luis XVI con calor político, el diputado Saller; y un experto constitucional, Barnave mismo, lo defendería sin calor, pero con lógica y razonamiento, no como pudiera un partidario celoso, como pudiera un abogado convencido. Saller habló por el hombre; Barnave por el Rey. Extremó el uno para defenderlo en su honra los sentimientos que le habían vulnerado y los agravios que le habían inferido; extremó el otro para salvarlo en su puesto los derechos que la Constitución le había dado y la inviolabilidad invulnerable con que lo había revestido. Duraron todo el día quince las perplejidades y las incertidumbres. Los partidarios del destronamiento se avenían á la blandura del estilo en la forma, con tal que dieran el resultado acerbo pedido por sus pasiones, la destitución inmediata. Ponían los partidarios de la suspensión muchas acerbidades en el estilo para dorar la pildora, creyendo que suspenso el Rey, por tiempo cortísimo, se había salvado para toda una eternidad. Así llegó la noche de tal solemne día. Daban las nueve. Desmoneurs, un muy convencido constitucional, se levantó y propuso que declarase la Constituyente suspenso el poder ejecutivo hasta la hora litúrgica en que fuese á jurar la Constitución el Rey á su sagrado seno. El Congreso la votó. Había pasado el Rubicón. Quedaba la Monarquía en su puesto y Luis XVI en la Monarquía. Para los optimistas se había salvado todo. A las nueve y media de aquella misma noche, convoca el alcalde Bailly al ayuntamiento constitucional, y deciden imprimir el acuerdo soberano en seguida, sobre grandes cartelones y papeles, y pegarlo por todas las encrucijadas y esquinas, á fin de que supiera el pueblo, á la mañana siguiente, diez y seis de Julio, domingo, cómo se hallaba en una Monarquía constitucional, por acuerdo irrevocable de su propia voluntad. Mas no obstante los acuerdos municipales; no obstante la unanimidad increíble del partido constitucional; no obstante lo callada que había estado la opinión y la voz republicana, quien clamorosa fuera del Congreso, enmudecía dentro; los radicales gritaron y dijeron: á otro perro con ese hueso. Y se tumultuaron. El viajero alemán Hallems, que visitaba Francia en este momento, y escribía por las noches á sus compatriotas lo visto y oído por el día, nos describe aquella emoción colectiva en toda su intensidad y nos da una idea clara de su importancia, cuyos efectos y transcendencias ya hemos visto todos y tocado en la sucesión y en la carrera de los tiempos. Nada tan curioso como la descripción por Hallems hecha del Palacio Real en estos tiempos, volcán de los volcanes; jardín del voluptuoso Epicuro, atravesado por todos los placeres y también por todas las ideas de París; con enjambres de provocativas hermosas, que mariposean por un lado y otro, y enjambres de jóvenes desocupados ardiendo á los rayos de las amorosas miradas que por allí se cruzan; lleno de teatros y garitos; feria de chalanes, circo de payasos, asiento de Celestinas, burdel de Venus, bas-

tidor de sombras chinescas, club de conspiradores perpetuos, infierno ensordecedor á los gritos que dan mercaderes de periódicos incendiarios y repartidores de libelos infamatorios, donde á cada paso topáis con los puñales de unos ojos que se os clavan hasta la médula de los huesos y con los puñales de unos Casios que piden Monarcas, para matarlos como el carnicero sus reses, é incendian los ánimos y trastornan los sesos con cualquier motivo que de ocasión á sus trágicas actitudes y á sus abrasadoras arengas. Imaginaos lo que aquello sería la noche del decreto absolviendo la fuga del Rey, salvándolo con toda su dinastía.

Amanece la mañana del domingo: París, embargado por sus pensamientos, no puede ir al campo de sus alrededores, va con sus emociones en el alma gustoso al Campo de Marte. Aquello era un templo de libertad y un real de feria. En las graderías de su altar mayor, y al aire libre, se colocaban los puestos de vendedoras ofreciendo pasteles y caramelos y frutas y limonada y toda clase de chucherías á los concurrentes. Una vendedora se había compuesto muy temprano, endomingándose, como dicen los franceses, y no podemos decir los españoles, con todos sus arreos de fiesta y colocándose muy limpia y muy fresca y muy lavada sobre la mejor grada para vender sus apetitosos productos. En esto, cuando más descuidada estaba, le muerden el pie con un frío hierro perforador. En cuanto el aire se halla electrizado, los nervios vibran; y en cuanto está el ánimo popular exaltadísimo, las mujeres gritan. De seguro no hubiera dado un respingo tan violento, un salto tan grande, un grito tan fuerte aquella vendedora, si le muerde una víbora. Clamar á gritos una mujer, y no clamar á gritos las demás, imposible. Según gritaban, vive Dios, no parecía que hubiesen ligeramente maltratado y herido á una de ellas en el pie: parecía que soltaban serpientes á todas. En sus miedos y sustos, nunca les abandona la curiosidad. Así convirtieron los ojos al escalón donde sucediera la fechoría, y notaron agujeros hechos recientemente por una barrena. Conocido esto, levantaron la tabla del escalón, y vieron bajo él dos extraños seres. ¿Qué hacían allí? ¡Oh! Eran dos viciosos amigos de voluptuosidades y porquerías que se habían encerrado aquella noche para darse un gran gusto por la mañana: ver desde abajo las piernas y algo más de las mujeres que subían á lo alto. El primer impulso de las mujeres fué arañar á los dos feos sátiros, mantearlos, arrancarles el pelo, zurrarlos la badana, después de haberles llamado indecentes, malvados, puercos, hijos de mala madre, realistas. No debió pasar todo aquello de un encierro dispuesto por la policía, como los corrientes en el caso de ataques particulares al público pudor y de atentado á las buenas colectivas costumbres. Pero no se podía ir con cosas vulgares á los actores de aquella revolución extraordinaria, siquier estos actores formaran allá en el coro y compusieran el pueblo anónimo é irresponsable. Ciertos jóvenes, reunidos allí para copiar las inscripciones patrióticas del templo, creyeron ver una conspiración en aquello que tan sólo era una suciedad, y delataron el delito al puesto de policía cercano, promoviendo así un escándalo mayúsculo. Más en lo cierto las mujeres que los jóvenes, pedían castigos